

Maldito frío

Qué frío.

Ya ha llegado. Amortajamos el cuerpo con nuestro fondo de baúl: camiseta de felpa, calzoncillos de tirantes, mono o peto, jersey de lana, calcetines de lana, zapatillas forradas y albarca o almadreña, pasamontañas, bufanda y abrigo heredado. En las manos, los guantes. Somos buzos del frío. Aislados de las caricias. De nosotros solo son reconocibles unos ojillos en lo profundo de los cuévanos de nuestras órbitas. No hay vida. O sí. Un vaho intermitente atraviesa el paredón de la bufanda, resoplando como el tren mixto cuando subía la cuesta de Codornillos.

Maldito frío.

Las casas, la calle, los árboles y la pradera, como palacio encantado, amanecen alfombrados de hielo blanco. Es la cencellada. El rey, como siempre, es el frío. Su corona, el humo de los humeros, incrustados de chiribitas y pavesas. Los súbditos obedecemos: abrigo y cartera. En la fiambreira, un hermoso torrezno. Y a la escuela.

En el camino, los pardales, hambrientos y ateridos con las alas caídas, picotean las boñigas aún humeantes de las vacas madrugadoras y sedientas. Las huellas de nuestras botas forradas de invierno dibujan la senda. Unas bolitas negras y perezosas motean las calles no holladas: son las cagalitas¹ de la majada que salen a pasear y beber agua. Saludan con sus hocicos y vahos a las yerbas ocultas bajo la escarcha.

—Buenos días. Hasta mañana. Hoy comemos menú a la carta: altramuces y cebada.

Qué frío.

Maldito frío.

¹ Excremento de animal. Localismo leonés

El viento bufa abrazado al frío. Se cuela en la escuela, aliándose con la ignorancia. Afuera, tabletean los cristales de las ventanas, apenas sujetos por unas puntitas mal clavadas. Son disparos de ametralladora con pólvora de viento al chocar con el marco de madera. No tienen la bufanda de la masilla. Están indefensos.

Maldito frío.

Dentro, no podemos domesticar el lápiz ni la pluma de mojar en el tintero de cerámica. Los dedos, agarrotados por el frío, se niegan a obedecernos. Quieren escribir garabatos a tientas.

—No podemos hacer el tuto, señor maestro.

—¿Podemos calentarnos en la estufa?

—Sí. En corro, de medio lado y solo la mano derecha. Hemos de caber todos. Ya sabéis: circunferencia.

Imponíamos las manos sobre ella cual exorcistas del frío.

Maldito frío.

—Lectura —ordenaba el maestro—. La estufa está para calentar la leche de los americanos.

Abríamos el libro con alegría, sentados e inclinados, con la cara próxima a las páginas como si las reverenciáramos. ¡Olor a papel seco! Ni una mano sobre la mesa. Mancos. Pasábamos las hojas con la nariz, con la lengua o con un soplo violento. No usábamos las manos. A lo más, el antebrazo, para conjurar el moquillo inoportuno. Estaban acurrucadas en el sobaco o en la entrepierna, como el rey David en el seno de Abisag, la sunamita. Bendita naturaleza que inventó sobacos y entrepiernas térmicos. De fácil acceso.

Maldito frío.

Inventaste el fuego y éste, las brasas. Nosotros, el brasero escolar. Sobre lecho de hornija, en una lata de sardinas de unos dos kilos, colocábamos con mimo unos tizones de encina

o de roble. Los mecíamos hasta conseguir un rescoldo rojo intenso. Sobre los bordillos de la lata, las zapatillas. Unos hilillos de humo, con olores a esencia de encina o de roble y retrogusto a bellota añeja, se mezclaban en perfecto maridaje con otros olores a goma quemada.

—Que se vayan a la calle los de la humera —gritaba el maestro entre toses.

Unos cuantos se daban por aludidos y salían con su brasero escolar a airearlo, dejando la puerta abierta.

Maldito frío.

—Señor maestro: tenemos escalofríos en la espalda.

—Salid vosotros también. Formad parejas y organizad la bufandada.

Santo remedio. Calefacción de percusión. Retorcemos las bufandas con recios torniquetes.

Cara a cara. Una, dos y tres. Comienzan los golpes: veinticinco, de fuerza moderada, certeros, precisos y alternativos, en las respectivas espaldas. Cada latigazo dejaba un ardor que dolía y curaba al mismo tiempo. Derrotamos al frío a golpes de bufanda. Alguno la perdió en la batalla, pero nadie se rindió. Volvimos a la clase con el resuello recuperado y el ánimo dispuesto.

—Comenzamos la lección de la mañana —dijo el señor maestro.

Qué frío. Maldito frío.

Es mediodía. Nos avisa el rugir de tripas.

La comida. Las madres esperaban en las puertas.

—¡Vamos, de prisa! En un tris tras, se enfría —nos gritaban.

Las calles huelen a humo, a paseos abrigados, a pan recién hecho, a cocido sabrosón, a deseos de niñez hambrienta, a leña húmeda. A chimenea.

El plato sobre la mesa. El tocino brillaba como promesa cargada de calorías; el garbanzo se rendía al diente. Unos fideos culebreaban en el caldo de la cuchara. Las bocas los esperaban con ansia mal disimulada. ¡La sopa! Calefacción de interiores.

La comida era la tregua.

Durante dos horas, el frío se retiraba a planear su venganza.

Luego, otra vez a la escuela.

Maldito frío.

La estufa bostezaba, cansada de tanta espera. Sesión de tarde. El frío también despierta.

Trepa por las perneras para reconquistar el territorio perdido de su influencia.

—Abrid por la lección de los ríos de España —ordenó.

Las sílabas se nos escapaban de la lengua. La digestión del cocido pesaba más que la cartera. Algunos, vencidos por el sueño, cabeceaban sin disimulo. Las ventanas luchaban, plantando cara contra el frío y la pereza.

Pasaban las horas. El sol se rendía tras los palomares.

Maldito frío.

Al salir de la escuela, las calles eran resbaladeros de barro y hielo. La vertical peligraba. Para avanzar sin caídas seguíamos el surco de las goteras. Pero el agua perezosa del tejado se había vuelto cuchillos que nos miraban desde el borde del alero. Para nosotros, los *chupiteles*; para el diccionario, *carámbanos*; para el maestro, la espada de Damocles; o simplemente estalactitas de hielo.

Qué frío. Maldito frío.

Llenábamos de carreras y juegos las eras. Te regalábamos los guantes, el abrigo, la bufanda. Te desafiábamos. Por ello pagábamos el tributo de los sabañones, los catarros, los mocos, las toses.

¡No conseguiste que no jugáramos!

Sudorosos, al anochecer volvíamos a casa. La cena. Regresábamos al mundo del brasero, de la mesa camilla, de hacer corro ante la hornilla y el puchero.

—Cuidado con el rescoldo —avisaba la madre.

—Érase una vez... —comenzaba el abuelo.

Era el mundo de los cuentos, de las historietas, de las anécdotas. Una arqueología de los afectos.

Fuera, bufaba el viento helado. Amenazante. Solitario. Derrotado.

No conseguiste que dejáramos de ser niños.

No conseguiste que dejáramos de soñar.

Maldito seas.

Maldito frío.

Seudónimo: Leo del Frío